

LOYOLA 9

PRIMAVERA 1992

EDITORIAL: HURACÁN

A finales de agosto, una noticia meteorológica impactó al mundo: un huracán asolador pasaba por la península de Florida, dejando ruina y desolación.

Hay huracanes de muerte, pero también existen vientos de vida. ¿Qué fue Pentecostés sino un fuerte viento que transformó la vida de la humanidad? Así actúa, a veces, el Espíritu de Dios. Así actúan los profetas y los hombres de Dios, como un día lo hiciera el Padre Alberto Hurtado.

un fuerte viento del sur viene no sólo a despejar nuestra atmósfera gris del invierno y a elevar los volantines de los niños. Un fuerte viento del sur nos trae la buena noticia de exalumnos sanjavierinos y sanmateínos que se sienten estimulados para trabajar hermanados con los que viven en el Centro y Norte del país. Es el Espíritu de Dios, Espíritu de Unidad, el que está soplando. Una tarea común nos está despertando de nuestro letargo invernal. La tarea consiste en recibir a nuestros hermanos de Latinoamérica que vendrán al Congreso de abril-93.

Si Dios quiere y la asistencia de congresales es buena, podremos con justicia esperar un huracán solidario para nuestro Continente. Preparémosnos.

José Juan Vergara S.J.

Director de Loyola

UN SANTO DESCONOCIDO Por José Vergara Vicuña, Egresado en 1927

Eran los años finales de la década del 20. Recuerdo el colegio antiguo, del que lo queda el corredor del ala sur.

Nosotros “los grandes”, ávidos de egresar, de adquirir la calidad de ex alumnos, soñábamos con la libertad, las aventuras, conocer nuevas tierras, dar la vuelta al mundo. El Padre Zorrilla, en sus clases de Literatura, nos hacía leer a Pereda, Alarcón, Pérez Luján, etc. Nuestra imaginación volaba por países y lugares idealizados. El Padre Román, el filósofo que nos enseñó a pensar, se salía del texto para contarnos de su Valencia, por la que suspiraba. Nosotros, con su verbo, llegábamos a sentir el perfume de los azahares y veíamos el verde y oro de sus árboles en fruto; cuando estaba muy contento, llegaba hasta entonar una jota. En un rincón del patio, apoyado en un pilar, el Padre Martínez (“Cañifla”) rememoraba su tierra gallega, sus rías nostálgicas y húmedas.

Para nosotros, España era un lugar idílico, fragante, luminoso: la tierra de esos padres que nos transmitían su añoranza.

Junto a la Portería del Colegio, estaba la sala del portero con sus respectivos ventanucos, donde el Hermano Domingo Gost vigilaba día y noche. Jamás algún alumno concibió poderse escabullir a otra hora que no fuera la de salida. La piecicita del Hermano Domingo, para mí y para muchos, ejercía una atracción misteriosa. Lo veíamos como un viejito, sin embargo, pienso ahora, que no pasaría de los sesenta. Grande, más bien ancho, cara tersa, y en la cabeza, una enrarecida corona blanca. En su mesa, frente al ventanuco, estaba abierto un libro amarillento y viejo, una voluminosa vida de un Santo, de esos santos antiguos cuyo nombre nos cuesta retener. El lo leía y lo releía, sin alternarlo con otro; era su fuente de espiritualidad.

El Hermano, férreo, inmutable en su guardia de la Portería, irradiaba una bondad encantadora con los muchachos que se acercaban a conversar. Siempre había alguno pidiéndole un favor:

- Hermano, rece, porque hoy tengo prueba. - Aquí tienes agua de nuestro Padre San Ignacio. - Hermano, me duele el estómago. - Toma un poco de agua de Nuestro Padre.

En efecto, en un barrilito de cerámica gris, provisto de un pequeño grifo al fondo, sacaba un poco de agua en un vaso y nos entregaba el remedio para todo mal, el “detente” para el demonio. Era agua bendita, especialmente santificada con la inmersión de una medalla del Fundador.

El Hermano se ocupaba en fabricar rosarios y cilicios. Para los primeros, empleaba un alambre delgadito que doblaba con un alicate fino; entremedio engarzaba las cuentas. Los cilicios consistían en unos pequeños rollos de alambre más grueso, en forma de pulseras con nudos, que se colocaban ya sea en las pantorrillas o en los brazos, provocando mucho dolor.

Le preguntaba: - ¿Para quién hace esos cilicios? - Pues, para el que me los pida.

Tenía un grueso “stock”, lo que me hacía pensar que era un elemento habitual de los padres, tal como la sotana o el bonete. Seguramente, el Hermano llevaba puesto más de uno. Los regalaba a quien se los pedía con seriedad. Yo nunca me atreví a solicitarle uno. Me hizo un rosario pedido sobre medida: rosario que se ha ido desmembrando; sus restos los conservo en mi velador como una reliquia.

Siempre lo vi invariablemente en la portería: día y noche. Quizás durmiera ¡allí. Era un catalán de hablar cerrado; llegó a Chile muy joven a encargarse de esa misma portería.

Nosotros, alucinados por la España maravillosa que los padres nos mostraban, le preguntábamos: - Hermano, ¿De dónde es usted? - De España.

Nunca nos dijo nada más, ni de su pueblo ni de su país. Le preguntábamos si quería volver. Su contestación era: - Si los superiores me lo mandan. - ¿Dónde le gustaría vivir? - Donde me destinen. Su destino era no salir de la pieza de la portería

Su obediencia, alegría y paciencia con los cuatrocientos muchachos que lo importunaban en su eterno encierro me formaron la convicción de encontrarme con un santo. Lo invoco cada vez que estoy atribulado. Me ha hecho muchos favores este santo desconocido. José Vergara Vicuña Egresado en 1927

